

Día de muertos



Arturo Jiménez / Facultad de Filosofía y Letras

1

Oro canicular.
Girasoles de niño bajo las arqueras.
En el aire se calientan guiños de plomo sobre las
crujías del polvo.
La calavera del agua pinta en las flores sus
lentas mancebías
y en el sueño de los olvidados,
pasan los perros en gárgaras de azufre sobre sus
rectos difuntos.
En los ojos,
clama el pabilo en su descenso,
mientras Tenoch fragua sueños y serpientes en un ramo
sañudo y colorido.
Oro canicular,
el cosmos se quiebra en los solares en un fastidio de
sexos y de lutos,
y los muertos cazan soles de agramante bajo redes
de polvo.
Bajo redes de polvo caen soles de agramante al corazón
de los muertos.

2

Poroso
en punta seca
clava el silencio el corazón del muerto;
sus palabras, son edades de elementos,
su boca el sístole de las cerraduras.
Abajo, cuando cae la noche
los espíritus tablean el descenso;
diástole de polvo y argamasa,
en la tierra se rompe un culebrón de parábolas.

3

En el sudor abierto
 tierra adentro
 soplan eriales de muerte los difuntos.
 De pronto, mientras se pudren los asesinados,
 pasan los mendigos sobre los hechiceros masticando soles,
 y en las cercanías del infierno se rompe la boca del Tecutli
 sobre las piedras de Tenochtitlan.
 Tierra adentro
 bajo la sangre del cordero,
 los muertos relinchan tajaduras de plomo.

4

Vaguedad,
 conchas vacías, ostras secas,
 los frutos caen de un árbol cansado del otoño.
 Los ojos son fértiles abismos de mansedumbre.
 Sigilos mudos gravitan en la sangre sobre lentos fastidios.
 Un tormento de sueño y de reposo
 en que los cuerpos hundan su agonía en el agujero de los
 descarnados.
 Pero cómo en descensos me descubro?
 No,
 caído donde orinan los gatos
 es un delirio,
 un fantaseo de orígenes,
 lodos verdes donde se balan los acentos bajo un sopor
 de músculos caídos
 donde el descenso me clava su prodigio,
 su calurosa arteria de silfo, de fauno y de sileno.
 Gota a gota la sangre suda sueño
 y caigo
 peso lo que otoño en la palmera,
 duermo,
 sueño,
 sueño
 sueño;
 vivo
 muerto,
 no sé
 estoy dormido
 y cuando me despierto tiene el hacha el duelo de mi herida
 y sobre el polvo mi corazón se hunde bajo el agudo diente
 del arado.
 En el año diez mil, se pudre mi esqueleto
 y yo me río.

